

Acad-II  
Esp- 42

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO. SEÑOR

### DON JUAN JOSÉ HERRANZ

CONDE DE REPARAZ

CELEBRADA EL 13 DE ABRIL DE 1902

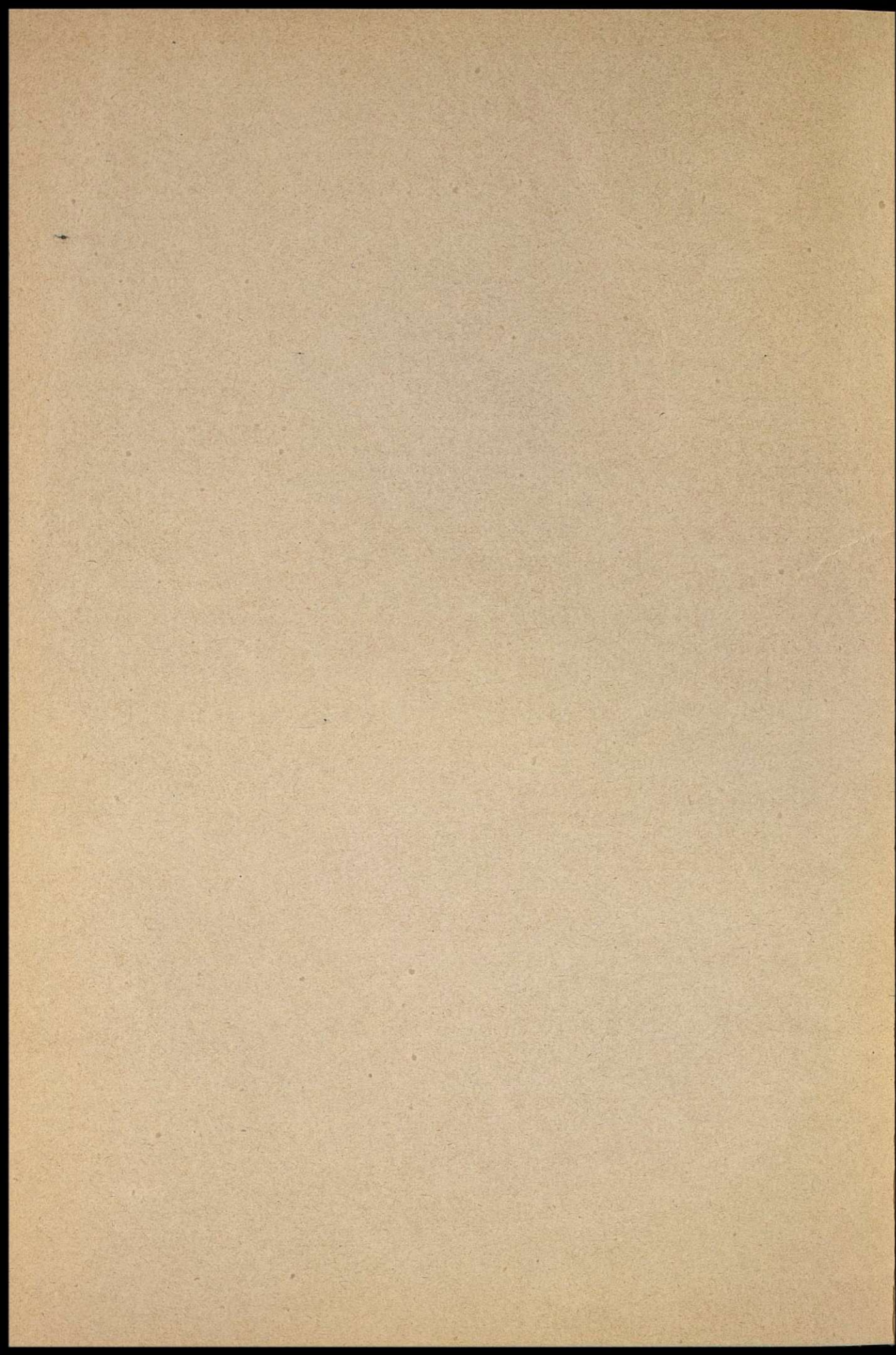


MADRID

Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús,

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1902



R 40664

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO. SEÑOR

### DON JUAN JOSÉ HERRANZ

CONDE DE REPARAZ

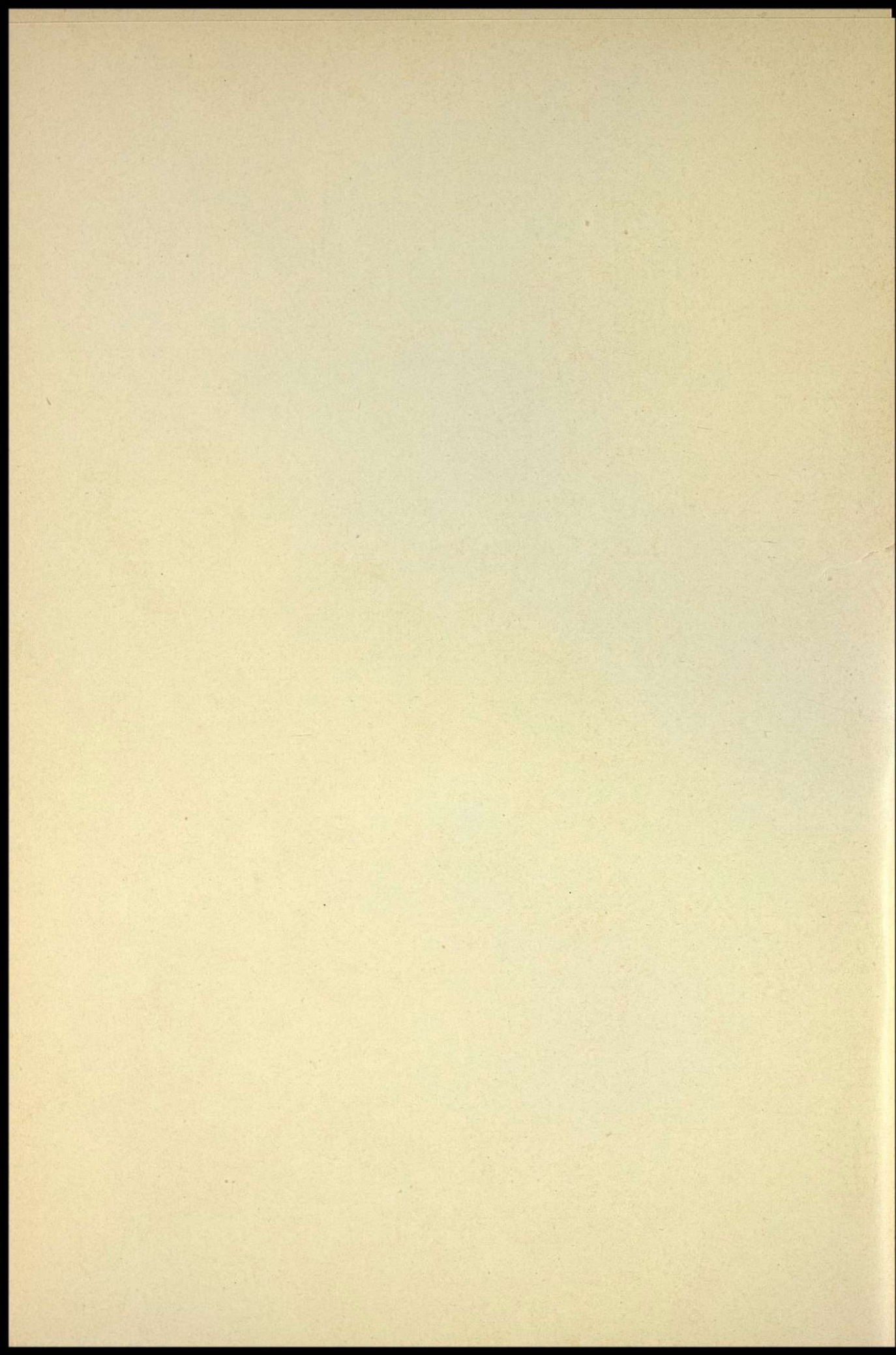
CELEBRADA EL 13 DE ABRIL DE 1902



MADRID

Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús,  
Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1902

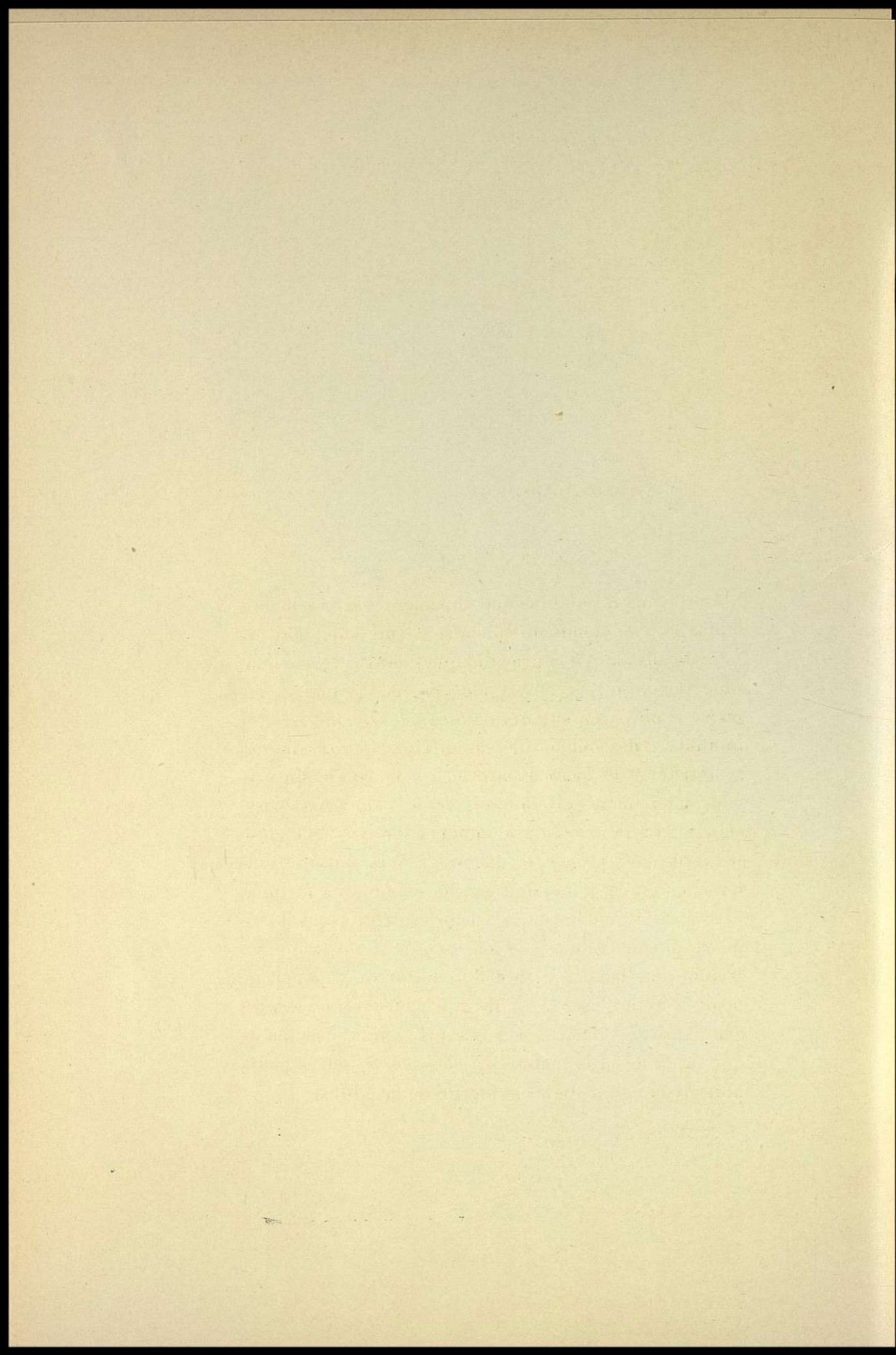


# DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JUAN JOSÉ HERRANZ

CONDE DE REPARAZ



SEÑORES ACADÉMICOS:

Las primeras palabras que impacientes salgan de mis labios en este momento solemne de mi vida, han de estar inspiradas en la gratitud que siento al verme honrado por vosotros con el galardón más grande á que puede aspirar, en sus ambiciosos sueños, un escritor humilde y desconfiado de sus méritos; pero, como la imaginación es loca, no procedería yo con la sinceridad, compañera de todos mis actos, si al tomar posesión de la alta investidura, debida á vuestra bondadosa benevolencia, procurase disimular que, durante esas horas en que el juicio duerme, he soñado esta fortuna; pero si la ambición hacía en mi espíritu veces de escuela, el conocimiento de mis escasos títulos tenía sujeciones de rienda; y en este avanzar y contenerme, llego á la augusta casa de mis constantes respetos cuando podéis abrirme sus puertas, con la disculpa de que concedéis á la madurez de los años lo que no podía otorgarse, con justicia, al mérito de las obras,

La realidad, Sres. Académicos, es gran castigadora de audacias, y á todo el que logra puesto innmercido le muestra, sin galas ni disfraces, su pequeñez, en el momento mismo del triunfo; por eso yo, viéndome entre vosotros, la representación más alta de la literatura española en todos sus ramos, me siento tan deprimido, en la natural comparación con vuestras indiscutibles aptitudes, que sólo se me ocurre pedir á Dios fuerzas, inspiración y vida, para realizar estudios y emprender trabajos que aminoren, aun cuando no supriman, el hondo espacio que me separa de vosotros. Bien comprendo que este propósito ha de parecer irrealizable por lo tardío; pero si el sillón que me destináis, conserva para mí la gracia de longevidad, con que favoreció á los preclaros varones retenidos en sus brazos, tiempo me queda, si lo empleo bien, para producir algo, con la protección antes pedida á Dios Todopoderoso; pues desde la fundación de la Academia Española en 1713, son cuatro, hasta hoy, los elegidos que han ocupado ese benéfico asiento: el Duque de Montellano, autor del escudo glorioso donde el crisol y la leyenda: *Limpia, fija y dá esplendor*, sintetizan los fines de este depurador instituto: el Duque de la Roca, Capitán general de los Reales Ejércitos, Director de la Academia de la Historia y Consiliario de la de Nobles Artes de San Fernando: D. Manuel José Quintana..... Permitidme hacer alto ante el nombre de esta grandiosa figura de nuestros tiempos: poeta cuyos cantos despiertan los recuerdos de mi niñez, no puedo repasar sus obras sin que se me aparezca entre los versos la noble fisonomía del autor; coronada la tersa frente de canas y laureles,



irradiando sus ojos la clara luz de su bondadoso espíritu, floreciente su boca con la sonrisa de una serena vejez, término feliz de su vida honrada y gloriosa; á la admiración con que le vi, de niño, se une hoy un sentimiento semejante á la veneración consagrada á la memoria de los antepasados; y tengo por la obra del poeta un entusiasmo tan cariñoso, que enlace y confundo las poesías con sus ideas generadoras: no puedo ver los pliegos que salen de las máquinas rotativas sin pensar que, además de la luz para la inteligencia, llevan entre sus líneas las palabras de bendición del cántor de la Imprenta: y no puedo acercarme al mar sin que suene en mis oídos el sublime rumor de las olas, con la cadencia misma de las inolvidables estrofas entonadas por el poeta á su viviente y grandiosa hermosura.

Llego al momento de saludar, con un recuerdo respetuoso, la memoria del último poseedor de ese puesto, hacia donde voy, más abrumado cada vez, por los méritos de mis antecesores: D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, Académico á quien sucedo (aunque no reemplazo) como sigue la noche al día, fué un escritor de múltiples aptitudes, poeta, autor dramático, crítico, y aun conservó espacio para llevar sus cultas letras á las delicadas funciones de la diplomacia: había realizado el consorcio feliz de la inteligencia con el estudio, que produce siempre frutos de bendición.

Como poeta, nos ha dejado un número considerable de composiciones, inspiradas en nobles sentimientos y escritas en gallarda forma; de su ingenio teatral, nos quedan un drama, estrenado en 1844 con el título de *Doña Maria Coronel*, y una tragedia inédita, nomi-

nada *Cleopatra*; descuellan, entre sus admirables producciones, los estudios de las *Cantigas* del Rey Sabio y de los *Poetas líricos del siglo XVIII*, y sus escritos como diplomático servirán, por mucho tiempo, de norma á nuestros representantes en el extranjero.

El examen del *Cancionero de Baena*, el discurso acerca del *Sentido moral del Teatro*, la disertación sobre *El realismo y el idealismo en las artes*, y el estudio referente á la *Fraternidad de los idiomas y de las letras de Portugal y de Castilla* acreditan su vasta erudición, su estilo magistral y su refinado buen gusto, constituyendo, por todas sus elevadas cualidades de docto, crítico y hablista, el modelo inmejorable del Académico de la lengua española.

La suma de conocimientos atesorada no pudo nunca secar los verdores de su numen poético; así es atractivo, frecuente en sus obras, la inesperada aparición de rasgos de poesía en medio de sabias disertaciones, como brotan la yedra y el jaramago entre las encumbradas piedras de las catedrales.

Observador respetuoso de la costumbre, establecida en estos actos, de disertar sobre algún punto relacionado con nuestra literatura, aparte el temor natural de no corresponder con mis observaciones á la importancia del asunto elegido, siento especial complacencia en asociarme á la piadosa obra de reparación que está realizando la crítica con las comedias del maestro Fray Gabriel Téllez, y para concretar mi trabajo, escojo como tema, la realidad viviente de los personajes imaginados

por Tirso de Molina, manifestando, ante todo, que os considero mis intermediarios con el público; porque vosotros sabéis cuanto pueda deciros, y nuestro olvidado pueblo necesita todo género de enseñanzas.

A continuación de los nombres con que existió, realmente, y firmó sus obras teatrales un fraile poeta, á quien se atribuyen más de cuatrocientas comedias, parece natural decir algo relativo á su vida en el mundo y en el claustro; y fuera para mí satisfacción muy honda ofrecer una noticia, un dato, alguna vislumbre para aclarar la existencia obscura de este escritor insigne, que dejó rastro luminoso en las letras españolas; pero con ingenuidad confieso que no puede sumarse mi modesto nombre con los muy ilustres de Burgos, Gil de Zárate, Durán, Mesonero Romanos, Hartzenbusch, el Barón Schack, Barrera, Rosell, Cotarelo y otros literatos que han procurado reconstituir la figura viviente del famoso Mercenario.

Contrista el ánimo pensar que (con tanto talento y tanta voluntad empleados) á estas horas, ni haya parecido la partida de bautismo de Gabriel Téllez, ni se conozca el sitio donde reposan sus mortales restos, ni sepamos de su familia, sino que tuvo una hermana, *harto parecida á él en ingenio y desdichas*, y un sobrino, *auténtico ó fingido*, según la expresión empleada por un escritor eminente para deslizar la sospecha de que D. Francisco Lucas de Ávila pudo ser un nuevo pseudónimo del Maestro, inventado con la sencilla idea de no aparecer él mismo como colector de sus comedias.

De la ignorancia que lamentamos todos los amantes

de las letras son responsables, en primer término, los contemporáneos de Tirso, que en vida no le dieron el alto lugar merecido por sus obras, y á su muerte se olvidaron de hacer las honras fúnebres, dispensadas entonces con harta frecuencia á escritores adocenados: Lope de Vega y Montalbán, que le habían elogiado vivo, ya no existían, y otros autores de comedias, en vez de dedicarle, según locución de la época, *lágrimas panegíricas*, juzgaron, sin duda, mayor muestra de admiración prohibir las obras de su peregrino ingenio.

Parte no escasa de culpa en nuestra deplorable ignorancia corresponde al mismo Tirso de Molina, quien por efecto de una modestia injustificada en hombre de su mérito, ó cohibido por la *envidia* de que tantas veces se queja con amargura, apenas desliza en sus escritos referencias personales, y éstas, escondidas entre simples metáforas ó envueltas en complicadas alegorías.

Sabemos que nació en Madrid, porque él mismo se introduce en su primer libro *Los Cigarrales de Toledo*, como un *humilde pastor del Manzanares*, y porque Montalbán, en su *Para todos*, le incluye en un catálogo de hombres célebres naturales de la corte. La fecha de su nacimiento es más dudosa que la noticia del lugar de su naturaleza. D. Antonio Gil de Zárate suponía á Tirso nacido por los años de 1585, y fijaba su muerte en Febrero de 1648; pero después de apuntar estas y otras fechas referentes á sucesos de menor importancia, concluía por manifestar su desaliento en la siguiente forma: «Todas éstas no son más que conjeturas, y es lo cierto que nada positivo se sabe: hasta su retrato, que en 1808 existía en la biblioteca de la

Merced de Madrid, ha desaparecido, sin que se haya podido averiguar su paradero.»

Esta pérdida quedaría subsanada en parte, si fuera universalmente reconocida la autenticidad de otro retrato, que se tiene por copia del desaparecido en la época de la invasión francesa, y procede del convento de Soria, donde Fray Gabriel Téllez pasó los últimos años de su vida: en una inscripción que acompaña á la pintura, se consignan los siguientes datos: «Nació en 1572. Murió en Marzo de 1648, á los setenta y seis años y cinco meses de edad.»

Como la fecha del fallecimiento se tiene por exacta y la edad se fija con el detalle de los meses, D. Emilio Cotarelo y Mori, demostrando que los hombres competentes en letras manejan, á veces, también los números, hace la cuenta y concluye por determinar que Tirso de Molina debió nacer á mediados de Octubre de 1571. Esta fecha ha quedado aceptada mientras no la rectifique, pareciendo, la partida de bautismo: merecedora de tal hallazgo es, sin duda, la ilustrada escritora Doña Blanca de los Ríos de Lampérez, que se impuso, hace años, la tarea de registrar los libros parroquiales de Madrid, en busca del valioso documento, ya con la prevención de que, acaso, antes del nombre de Gabriel haya inscripto otro, que quizá sea el de Luis. Este premio á tan plausibles afanes decidiría á la señora de los Ríos á publicar su estudio bio-bibliográfico, laudablemente juzgado por esta docta Corporación y enriquecido luego, según parece, con los datos de la inédita *Historia general de la Orden de la Merced*, escrita por el Maestro Fray Gabriel Téllez, obra que D. Caye-

tano Rosell creyó desaparecida, y existe, por fortuna, en la biblioteca de la Academia de la Historia.

En días muy cercanos, escritores de fama reconocida apreciaban, con injusticia notoria, la facultad de mayor realce, entre las muchas sobresalientes que desarrolló en su teatro el maravilloso ingenio de Tirso de Molina: decía uno que *desdeñó por lo general la pintura de caracteres cómicos*; hacía otro la siguiente afirmación: *Los caracteres que presenta son siempre de un tipo mismo*; y llegaba alguno á sostener que *las damas, lejos de ser modelos de virtud y perfección, como las de Lope, ofrecen el tipo de la liviandad y desenvoltura, mientras que los hombres aparecen débiles, tímidos, juguetes de las pasiones de aquéllas, y despreciables*.

Las palabras transcritas me producen impresión muy triste cuando las leo ó las recuerdo: merecía, á mi entender, un estudio más detenido el considerable número de personajes diferentes, imaginado por un escritor, *siempre grande*, entre los grandes autores dramáticos que ha conocido el mundo; pero esta apreciación no amengua mi respeto á los tres literatos que, si tuvieron este descuido, ilustraron á la vez sus nombres con otros trabajos dignos de la pública estimación, siendo de notar para su completo desagravio, la estrechez de miras con que, generalmente, se juzgaba en su tiempo toda producción del ingenio; pues sómetida al análisis en el llamado crisol de la crítica, si no contenía un fondo moral, las tres unidades y caracteres nobles, era

desechada como cosa baladí: por análisis deficientes dejaron también nuestros abuelos en los escoriales, cantidades fabulosas de metales preciosos.

De aquellos tiempos, muy cercanos, á los días corrientes, la crítica ha rehecho la fama de Tirso de Molina en tal forma, que una autoridad universalmente reconocida, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, dice: «Pasada ya, aun en Alemania, la fiebre calderoniana, pocos niegan al egregio Mercenario el segundo lugar entre los maestros de nuestra escena, y aun son muchos los que resueltamente le otorgan el primero y el más próximo á Shakespeare; como sin duda lo merece, ya que no por el poder de la invención, en que nadie aventajó á Lope (que es por sí solo una literatura), á lo menos por la intensidad de vida poética, por la fuerza creadora de caracteres, y por el primor insuperable de los detalles.»

No es fácil hallar terreno tan firme para utilizarlo como sostén de una opinión literaria: *la intensidad de vida poética* palpita en todos los pasajes de las obras de Tirso de Molina: los *detalles*, llamados de muy antiguo en el teatro *picardías de autor*, los manejaba Fray Gabriel Téllez con primor tal, que los comediantes Figueroa, León, Ortiz, Heredia, Prado y Pinedo, viéndole pasar con su hábito de la Merced y la capucha calada, debieron decir muchas veces para su coeto: «Ahí va un fraile que lleva la capucha llena de picardías.» Y en cuanto á los muchos caracteres, nacidos á la existencia literaria á impulsos de la fuerza *creadora* del Maestro, gozan de vida tan próspera, que se rejuvenecen con los siglos.

Es seguro que Tirso, al forjar sus personajes, no hacía un estudio previo de documentos humanos, como aconsejan hoy los críticos; pero conocía la importancia de los caracteres en la literatura; por eso, los crea á impulso de su poderosa inspiración; y luego, parece que se recrea en su hechura; los examina con cariño paternal, se asoma á su fondo para ver si llevan dentro los resortes que agitan á los mortales, y pulsándolos, tiene la satisfacción de sentir los latidos de su vida. Quiere, además, encaminar al público por la senda firme que él recorre, y para fijar su atención, clasifica los personajes, como puede verse en los títulos de muchas comedias suyas, donde ocupa un lugar la condición de carácter. *La Prudencia en la mujer, El Vergonzoso en Palacio, El Burlador de Sevilla, El Condenado por desconfiado;* y aun puede afirmarse, examinando con atención algunas de sus producciones, que la concepción de un personaje le ha sugerido la idea de inventar otro anti-tético, para producir un contraste; y del choque de sus encontrados sentimientos, ha salido con admirable naturalidad la comedia.

Mucho se ha discutido si Tirso de Molina estudió á los hombres y á las mujeres en sus relaciones con el mundo, durante su juventud, ó llegaron más tarde á sus oídos las agitaciones del alma humana, pasando por la rejilla de un confesonario: posible es todo, aun cuando, según las últimas investigaciones, no estuvo en la vida mundana tantos años como se había supuesto; y en el claustro no dispondría de tiempo sobrado, si, á más de escribir un número asombroso de comedias, el Presentado y Maestro en Teología, desempeñó los cargos de Predi-



cador, Lector, Definidor, Comendador y Cronista de la Orden de la Merced; agréguese á estas ocupaciones los numerosos días que debió invertir en viajes; pues estuvo en Alcalá de Henares, Guadalajara, Toledo, Sevilla, en Madrid varias veces, en Extremadura, en Galicia, quizá en la isla de Santo Domingo y en Soria por último, y convendréis conmigo en que no pudo dedicar muchas horas á absolver pecadores. Acaso alguien piense: «Al cambiar de lugares se renovarían los penitentes y con ellos los pecados.» ¡Pero si era inútil la tarea!; los pecados se conocen por los *mandamientos*, y los accidentes pecaminosos, salpimenta de las obras del Maestro, no constituyen, á juicio de la generalidad, materia de confesión: brotaban espontáneos en su malicioso ingenio, y con ellos distraía las *desdichas* por él lamentadas y desconocidas aún para nosotros.

Si fuera cierto que en el Teatro de Tirso se agitan sólo mujeres atrevidas y hombres débiles, no habría motivo para discutir si nuestro autor había estudiado el mundo personalmente ó lo conocía de oídas: con decir que dedujo sus personajes de la primera mujer y del primer hombre, habrían desaparecido todos los escrúpulos: Eva tuvo la desenvoltura de incitar á Adán, y éste se mostró débil y comió la manzana: desde entonces, casi todas las Evas son incitantes y casi todos los Adanes débiles; y esta conducta del género humano tiene explicación satisfactoria: el hombre emplea toda su voluntad en dominar el arte, en dominar la ciencia, en dominar al mundo; y la mujer, entre tanto, despliega todos sus atractivos para dominar al hombre.

El hecho es que Tirso de Molina, estudiando sus ca-

racteres en la historia, en la sociedad, en el claustro, donde pudiera; y dándoles calor de vida en su portentoso pensamiento, creó seres humanos. Cuando escribe sobre la lista del reparto de sus comedias la calificación de PERSONAS no falta á la verdad; personas son aquellas de carne y hueso, con sangre, con nervios, con las pasiones grandes y chicas de la especie humana, y hasta con las contradicciones que ofrecen, en la vida real, los caracteres más firmes.

Dos contradicciones de carácter ponen de manifiesto la hermosa idea que encierra en su fondo *El condenado por desconfiado*. Paulo, ansioso de la celestial vida eterna, encamina todos los pasos de su existencia á la salvación del alma: se retira á un desierto, se alimenta con hierbas, se entrega de tal modo á la oración, que quisiera estar siempre despierto para ocuparse constantemente en el trabajo de la redención de sus culpas: castiga el cuerpo, mientras se rebela su espíritu desconfiando de la misericordia de Dios.

Enrico es un malvado que roba, escala propiedades en cuadrilla, cobra el barato á la puerta de los garitos, estafa á las mujeres, mata por precio, y realiza, en fin, todo cuanto Paulo puede conceptuar que conduce á la perdición eterna; pero contradiciendo su vida criminal, conserva un amor respetuoso á su padre Anareto, resquicio por donde puede penetrar en su alma oscura un rayo de la luz divina.

A las repetidas instancias de Paulo para averiguar su destino más allá de la vida, el demonio, con apa-

riencias de ángel, le anuncia la misma suerte de Enrico, y en cuanto Paulo conoce á su compañero, juzga ya perdida su salvación, y se vuelve al monte con estos propósitos:

«Pero no á hacer penitencia,  
porque ya no es de provecho.  
.....  
.....  
Bandolero quiero ser,  
porque así igualar pretendo  
mi vida con la de Enrico,  
pues un mismo fin tendremos.  
Tan malo tengo de ser  
como él, y peor si puedo;  
que pues ya los dos estamos  
condenados al infierno,  
bueno es que, antes de ir allá,  
en el mundo nos vengüemos.»

Enrico, en cambio, rechaza la preocupación de Paulo con este hermoso razonamiento:

«Yo soy el hombre más malo  
que naturaleza humana  
en el mundo ha producido;  
.....  
.....  
mas siempre tengo esperanza  
en que tengo de salvarme,  
puesto que no va fundada  
mi esperanza en obras mías,  
sino en saber que se humana  
Dios con el más pecador,  
y con su piedad se salva.»

Paulo no recobra la fe, ni con estas admirables pa-

labras, ni con los avisos de la misericordia divina. Enrico borra las culpas de su existencia con un arrepentimiento, ofrecido al único ser á quien ha amado:

«Confieso, padre, que erré;  
pero yo confesaré  
mis pecados, y después  
besaré á todos los pies  
para mostraros mi fe.»

Los dos personajes tienen, dentro del drama, una realidad de vida que se destaca briosa, entre los accidentes sobrenaturales imaginados por el poeta para desenvolvimiento de su idea. Todos conocemos ejemplares de esas dos figuras: el temeroso mal creyente que ofrece á Dios un culto condicional, queriendo establecer una especie de contrato con el Ser Supremo; y el miserable, cargado de vicios, entre los cuales anda escondida una virtud que puede, en un momento dichoso de su existencia, convertirse en el Jordán de todas sus culpas.

Esta admirable producción figura entre las doce comedias, recogidas por D. Francisco Lucas de Avila y dedicadas por Tirso de Molina á la Congregación de los Mercaderes de Libros de esta Corte, con la incomprendible indicación de que le pertenecen cuatro, y las otras ocho, no sabe *por qué infortunio suyo, siendo hijas de tan ilustres padres, las echaron á sus puertas*; y á la vez que dice esto, las dedica todas, unas en su nombre y otras en el de sus dueños, y bajo el título de cada una de las doce comedias deja impreso: POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA, contradiciendo, casi en absoluto, sus palabras.

Muchas suposiciones se han hecho acerca del alcance de conceptos tan enigmáticos: hay quien les ha concedido fuerza bastante para restar á nuestro autor ocho comedias; quien los ha juzgado una sencilla genialidad; quien los cree anuncio de colaboración con otros escritores; y quien ve en ellos la indicación de ser refundiciones devueltas á su verdadero dueño; motivo hay para entregarse á todo género de imaginaciones, y entre ellas, recordando la finura satírica del Maestro, la de sospechar, envuelta en tan confusas palabras, una burla dirigida á escritores que se hubieran apropiado esas comedias suyas.

No intento fortalecer con datos la conjetura; quiero, solamente, indicar que las refundiciones de comedias del desposeído Mercenario, llegadas á nosotros, son de Calderón, Moreto, Montalbán, Matos Fragoso y otros poetas (Andrés de Claramonte, entre ellos, por ser autor de compañía y haber adquirido la costumbre de amoldar las obras á sus gustos y necesidades), pero ocurre alguna vez encontrar una producción, tan importante como *La Venganza de Tamar*, firmada por un Doctor Godínez, con supresiones, modificaciones de versos, y la muerte de Absalón, antes de que le llegara su hora: estos hallazgos obligan á pensar en los muchos doctores que amargarían la vida de los autores dramáticos en aquella época, y de una en otra deducción, se llega á ver á Tirso de Molina, irritado contra sus copiantes, llamarles, con ironía, *dueños* de sus propias obras, casi reñir al sobrino por haber echado á sus *puertas* las hijas de otros *padres ilustres*, y firmándolas él, decir á esos otros que las pone, en su nombre,



bajo la tutela del glorioso Doctor San Jerónimo, dedicándolas á la Hermandad de los Mercaderes de Libros.

Por fortuna, entre las cuatro producciones suyas, sin regateos, debe contarse *El Condenado por desconfiado*, según las siguientes conclusiones de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, á quien se acude siempre en esta clase de pleitos, por tener sus juicios fuerza de ley.

«El nervio teológico que hay en *El Condenado* no vuelve á encontrarse en drama alguno de nuestro Teatro.»

.....  
«Sólo de la rara conjunción de un gran teólogo y de un gran poeta en la misma persona pudo nacer este drama único.»

.....  
«Hay, pues, que conservar al gran fraile de la Merced en la quieta y pacífica posesión de esta joya.»

Manifestaciones tan firmes arraigan mi creencia, pues siempre había encontrado cierto aire de familia á D. Juan Tenorio con Enrico, así como hallaba semejanza de estilo entre *El Condenado* y *El Colmenero divino*, auto, en donde, hablando de caracteres, me parece oportuno decir que la Abeja, personificación del alma, tiene, á mi juicio, verdadero carácter de alma humana.

Pocos personajes de comedia han logrado vida tan larga y triunfante como la que aún goza *El Burlador de Sevilla*. D. Juan Tenorio, hijo de la fantasía de Tirso de Molina, ha sido prohijado, luego, por tantos

ingenios, que el número de sus padres se acerca al de sus fechorías: Molière, Tomas Corneille, Sadwel, Goldoni, Zamora, Zorrilla y otros escritores han reproducido la figura de D. Juan; y siendo el Comendador Ulloa personaje indispensable enfrente de Tenorio, son también numerosos los *Convidados de piedra* que han salido de la cantera hallada por el Maestro Fray Gabriel Téllez.

Han podido variarse los accidentes de la composición del drama, pero el carácter de D. Juan no admite modificaciones ni puede tener enmienda, en ningún sentido: ha de ser, como se presenta en *El Burlador de Sevilla*, caprichoso, inconstante, audaz, descreído, y con tan frío temple de alma que, apasionado de todas las mujeres, no llegue jamás á enamorarse de ninguna; pues en cuanto el *Burlador* amase á una mujer determinada, habrían concluído las *burlas*.

Como es un personaje ligero, ingenioso y de pronta percepción, debe presentársele en los variados incidentes del drama; y fundándose éstos en las *burlas*, no parece indiscreto ver las diferentes fisonomías de las mujeres burladas. La idea de presentar á D. Juan, ya en acción, es felicísima, porque nace el interés en la primera escena; la Duquesa Isabel descubriendo, tarde, que no despide al Duque Octavio, sino á un desconocido; D. Juan, empeñado en escapar; el Rey de Nápoles acudiendo á las voces de socorro y evitando conocer á la dama, ahorran la exposición. Gracias á la persona encargada por el Rey de prender al culpado no termina mal esta aventura; pues se trata de Don Pedro Tenorio, á quien dice el sobrino:

«Tío y señor,  
mozo soy, y mozo fuiste,  
y pues que de amor supiste,  
tenga disculpa mi amor.»

Don Pedro vitupera su conducta, pero concluye por abrirle camino:

«¿Atreveráste á bajar  
por el balcón?»

DON JUAN

Si me atrevo,  
que alas en tu favor llevo.»

En una playa de Tarragona encuentro á la pescadora Tisbea ,

«Oyendo de las aves  
las quejas amorosas,  
y los combates dulces  
del agua entre las rocas.»

No ha amado á nadie y celebra su libertad con estas palabras:

«¡Dichosa yo mil veces,  
amor, pues me perdonas,  
si ya por ser humilde  
no desprecias mi choza!»

Habla de su pobre vivienda, techada con haces de paja, en donde anidan las tórtolas, y se le ocurre esta delicada observación:

«Mi honor conservo en pajas  
como fruta sabrosa,  
vidrio guardado en ellas  
para que no se rompa.»



Naufragan D. Juan y Catalinón cerca de la playa, y el lacayo salva á su señor; Tisbea, compadecida, coge en el regazo al caballero, que padece un síncope, y dice:

«¡Mancebo excelente,  
gallardo, noble y galán!  
Volved en vos, caballero.

DON JUAN

¿Dónde estoy?

TISBEA

Ya podéis ver:  
en brazos de una mujer.

DON JUAN

Vivo en vos si en el mar muero.

Sigue D. Juan dirigiendo á Tisbea frases apasionadas; y cuando se retiran, él apoyado en el brazo de la pescadora y ella alegre por servirle de sostén, van diciéndose:

—Muerto soy.

— ¿Cómo, si andáis?

—Ando en pena, como veis.

—Mucho habláis.

—Mucho entendéis.

—¡Plega á Dios que no mintáis!

El lacayo de D. Juan Tenorio, á quien he nombrado antes, merece que se le dedique alguna atención: sirve á su dueño con cariño, demostrado en el hecho de haber expuesto por él la vida; pero no ve con tranquilidad las aventuras en que anda y tiene el loco empeño de convertirle en hombre honrado; así, en esta ocasión,

como D. Juan quiere tener dispuesta la huída antes de dar motivo para salir perseguido y le ordena preparar dos yeguas propias de Tisbea, él aprovecha la oportunidad para predicarle:

«Los que fingís y engañáis  
las mujeres desa suerte,  
lo pagaréis en la muerte.

DON JUAN

¡Qué largo me lo fiáis!»

Llega Tisbea y dice Catalinón:

«Ya viene la desdichada.

DON JUAN

Vete, y las yeguas prevén.

CATALINÓN

¡Pobre mujer! Harto bien  
te pagamos la posada.»

Cerraré este episodio recogiendo algunas quejas de Tisbea:

«¡Fuego, fuego! ¡Que me quemó!  
¡Que mi cabaña se abrasa!  
Repicad á fuego, amigos,  
que ya dan mis ojos agua.

.....  
.....  
Engañóme el caballero.  
.....  
.....

le dí á su rigor las alas  
en dos yeguas que crié,  
con que me burló y se escapa.

Seguidle todos, seguidle.  
Mas no importa que se vaya,  
que en la presencia del Rey  
tengo de pedir venganza.  
¡Fuego, fuego, zagaes! ¡agua, agua!  
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!

Tengo por obligación de la conciencia excluir á Doña Ana de Ulloa del número de las mujeres burladas por D. Juan: la hora de la muerte es momento tan grave en la vida, que presta autoridad á las palabras de los hombres menos veraces; por esta consideración, juzgo digna de ser respetada la excusa del *Burlador de Sevilla* á la estatua del Comendador Ulloa:

«Á tu hija no ofendí,  
que vió mis engaños antes.»

Éste, sin embargo, es el episodio más dramático de la obra; cuesta la vida al caballeroso personaje D. Gonzalo, quien deja, al morir, anunciada su venganza, diciendo á D. Juan que le seguirá su furor.

En el pueblo de Dos Hermanas celebran sus bodas Aminta y el labrador Patricio: llega D. Juan y se une á la fiesta. Gaseno, padre de la novia, dice:

«¿No dáis  
lugar á este caballero?»

DON JUAN

Con vuestra licencia quiero  
sentarme aquí.

Siéntase junto á Aminta.

PATRICIO

Si os sentáis  
delante de mí, señor,  
seréis de aquesa manera  
el novio.

DON JUAN

Quando lo fuera  
no escogiera lo peor.»

Este es el personaje: en vez de satisfacer al marido con su respuesta, dirige una frase lisonjera á la mujer. Razón tiene Patricio al pensar:

«¿En mis bodas caballero?  
¡Mal agüero!»

Quando D. Juan engaña á Patricio diciéndole que Aminta le ha amado antes y le llama ahora, por lo cual debe meditar una resolución, contesta el engañado:

«Si tú en mi elección lo pones,  
tu gusto pretendo hacer;  
que el honor y la mujer  
son malos en opiniones.  
.....  
.....  
No quiero, pues me reduces  
el bien que mi amor ordena,  
mujer entre mala y buena,  
que es moneda entre dos luces.»

La actitud de Patricio sugiere á D. Juan estas reflexiones, aun quando nunca fué personaje reflexivo:

«Con el honor le venci,  
porque siempre los villanos  
tienen su honor en las manos,  
y siempre miran por sí;  
que por tantas variedades,  
es bien que se entienda y crea  
que el honor se fué al aldea,  
huyendo de las ciudades.»

Don Juan y Aminta andan en estos dimes y diretes  
cuando él quiere convencerla de que es su esposo:

—¿Desde cuando?

—Desde ahora.

—¿Quién lo ha tratado?

—Mi dicha.

—¿Y quién nos casó?

—Tus ojos.

—¿Con qué poder?

—Con la vista.»

Aminta cae en la burla del cambio de esposo, deslumbrada con las promesas de ocupar rango de señora, poner los pies sobre virillas de plata con clavos de oro, y ostentar, en manos y cuello, prisiones de anillos y gargantillas, mientras Tenorio, riéndose de su credulidad, piensa:

«¡Qué mal conoces  
al *Burlador de Sevilla!*»

Tirso de Molina, aun perteneciendo á la Orden de la Merced, no pudo salvar á un alma que jamás protestó de las vilezas materiales del cuerpo, en donde vivió escondida: como contraste de esta impresión triste, hay

otra alegre al final del drama; por indicación del Rey Don Alfonso XI, muerto D. Juan, las mujeres burladas pueden considerarse como viudas, y no hay desdoro para sus antiguos amantes en darles su nombre, tomándolas por esposas.

Muy viciado está el texto en el ejemplar corriente, por enmiendas y adiciones de mano ajena, y es de lamentar que se advierta su más irrespetuosa alteración en la parte fantástica, donde la palabra no corresponde á la alta concepción de las situaciones: acaso la primera impresión de este drama se hizo teniendo á la vista una copia procedente del teatro, y continúan reproduciéndose borroneos de comediantes faltos de ingenio. Afortunadamente la figura de D. Juan se ve clara, y tal como la encontramos ha ido ensanchando el círculo de sus admiradores; pues aun cuando Don Leandro Fernández de Moratín, al hablar de la refundición de Zamora, dice: «Cien años antes había escrito el P. Gabriel Téllez (conocido bajo el nombre de Tirso de Molina) la comedia de *El Burlador de Sevilla*, la más á propósito para conmover y deleitar á la plebe ignorante y crédula», y agrega luego que Zamora «conservó al teatro una comedia que siempre repugnará la sana crítica y siempre será celebrada del pueblo;» como los tiempos varían y cambia con ellos el gusto literario, hoy los elogios de la crítica van unidos á los aplausos del pueblo.

Ha realzado el genio de Tirso de Molina un carácter universalmente admirado, por las bellezas que lo enga-

lanan y por tener su base en el amor maternal, sentimiento que producirá siempre ternísima emoción en todos los corazones: me refiero á la heroína del drama histórico *La Prudencia en la mujer*; Doña María de Molina, viuda en temprana edad de Don Sancho *el Bravo* y madre de Don Fernando IV, á quien supo sostener en el trono, contra todos sus enemigos, durante una larga minoría.

La grandeza de la figura histórica debió impresionar poderosamente al Maestro Fray Gabriel Téllez, y se impuso, para presentarla, todo el trabajo que supone reducir á los estrechos límites del teatro una época de luchas, adhesiones, desavenencias, tratos, alianzas y traiciones, hechos que, reconociendo por base la doblez de caracteres, llevaban unida la dificultad que entraña desenvolver, con realidad visible, caracteres falsos por naturaleza.

Supone el poeta que los Infantes Don Juan y Don Enrique, y D. Diego Lopez de Haro, Señor de Vizcaya, pretenden á la vez la mano de la Reina, amenazando cada uno con alzarse en guerra si es desairada su petición: Doña María de Molina contesta á los tres con palabras tan firmes como estas que copio:

«Si porque el Rey es un niño  
y una mujer quien le ampara,  
os atrevéis ambiciosos  
contra la fe castellana;  
tres almas viven en mí:  
la de Sancho, que Dios haya,  
la de mi hijo, que habita  
en mis maternas entrañas,

y la mía, en quien se suman  
esotras dos: ved si basta  
á la defensa de un reino  
una mujer con tres almas.»

Cuando ya ha vencido á los Infantes les otorga su  
perdón, diciendoles:

«Poco estima á su enemigo  
quien le vence y vuelve á armar;  
que en el noble es premio el dar,  
como el recibir castigo.  
Si dándoos vida os obligo,  
por vuestra opinión volved;  
y si no, guerra me haced:  
veremos quién es más firme,  
vosotros en deservirme  
ó yo en haceros merced.»

Al obligar á Ismael, médico judío, á tomarse el ve-  
neno que va á dar al Rey, en complicidad con el Infante  
D. Juan, exclama:

«Tiene muy malos humores  
el reino desconcertado,  
y por remedio he tomado  
el purgalle de traidores.»

No sorprende á Doña María de Molina el criminal  
intento del Infante D. Juan: le había recordado antes  
la muerte del hijo de Guzman el Bueno; pero ahora,  
tranquila en apariencia, le obliga á servir de secreta-  
rio y le dicta la siguiente carta:

«Infante: Como un Rey tiene  
dos ángeles en su guarda,



poco, en saber quién es, tarda  
el que á habelle traición viene.  
Vuestra ambición se refrene;  
que se acabará algún día  
la noble paciencia mía;  
y os cortará mi aspereza  
esperanzas y cabeza.  
La Reina Doña María.»

Pregunta, confuso, Don Juan á qué Infante va dirigida la carta, y le contesta, señalando la habitación donde ha caído muerto Ismael:

«El que está en ese aposento  
os dirá para quién es.»

Encarece el Infante Don Enrique la necesidad de establecer un nuevo impuesto para pagar á los soldados, y responde la Reina:

«Mercaderes y pecheros  
conservan, por conservallos,  
al Rey y á sus caballeros,  
porque no hay Rey sin vasallos.  
Viénenme todos con quejas  
de que pobres los tenemos;  
y aunque son costumbres viejas,  
tanto á esquilmarlas vendremos,  
que se mueran las ovejas.»

En tal situación de pobreza llega á verse la heroína de *La Prudencia en la mujer*, que un servidor suyo le dice acongojado:

«No hay en vuestra casa  
con qué os dé de cenar.»

Y ella responde:

«¡Gracias á Dios! ¡No os dé pena ninguna,  
que es señal de que comen los vasallos,  
Melendo noble, cuando el Rey ayuna!»

Para terminar la reseña de rasgos característicos de Doña María de Molina, copiaré algunos de los consejos con que prepara á su hijo para entrar en posesión del reino.

«El culto de vuestra ley,  
Fernando, encargaros quiero;  
que este es el móvil primero  
que ha de llevar tras sí al Rey.

.....  
.....

Con todos los grandes sed  
tan igual y generoso,  
que nadie quede quejoso  
de que á otro hacéis más merced:  
tan apacible y discreto,  
que á todos seáis amable;  
mas no tan comunicable  
que os pierdan, hijo, el respeto.

Alegrad vuestros vasallos,  
saliendo en público á vellos;  
que no os estimarán ellos  
si no os preciáis de estimallos.

Cobraréis de amable fama  
con quien vuestra vista goce;  
que lo que no se conoce,  
aunque se teme, no se ama.

De juglares lisonjeros,  
si no podéis excusaros,  
no uséis para aconsejaros,  
sino para entreteneros.

Sea por vos estimada  
la milicia en vuestra tierra;  
porque más vence en la guerra  
el amor que no la espada.»

Es inútil ensalzar un carácter que manifiesta su grandeza en cada uno de sus hermosos rasgos. El drama, eco de la historia, deja impresión triste por el olvido en que sepultó Don Fernando IV todos los sacrificios de la Reina; pues, mal aconsejado, pidió cuentas del tiempo de su minoría: este hecho, lamentable, sirvió á Doña María de Molina para confundir de nuevo á sus enemigos de siempre, demostrando que había vendido hasta sus alhajas, comía en escudillas de barro y sólo conservaba, para beber, aquel vaso de plata que, según el poeta, contuvo el veneno y guardó después la amorosa madre, en memoria de haber llegado á tiempo de salvar la vida de su hijo.

El temor de fatigar vuestra atención me impide recordaros, con detalles, el carácter complejo del Príncipe Amón, en la tragedia *La Venganza de Tamar*: es admirable la concepción del hombre apropiado para realizar el horrible hecho histórico que han considerado algunos moralistas castigo de las culpas del Rey David. Amón es soberbio: no conoce el atractivo mayor de la vida, porque no ha amado, y habla con desdén de todas las mujeres, declarando que no ha de enamorarse hasta encontrar una perfecta: apoya su orgullo en una voluntad nunca contrariada: espolea sus antojos el deseo de realizar acciones que salgan de la esfera vulgar,



y tiene ingenio para preparar lazos arteros donde quede presa la mujer amada: con estas condiciones, cuando se siente enamorado, su voluntad se sobrepone al juicio, enloquece, y su pasión desenfrenada arrolla todos los obstáculos. El odio que sucede luego en su corazón al amor de Tamar es el sello del carácter: no le consiente la soberbia culparse á sí propio y aborrece á su víctima.

Quiero decir muy pocas palabras en defensa de algún carácter tímido, y escojo un personaje conocidísimo de nuestro público. Mireno, *El Vergonzoso en Palacio*, ignora su calidad de heredero del Duque de Coimbra; ha conocido á su padre por el nombre de Lauro, le ha visto siempre vestido de labrador, y no sabe que se encubre con tales apariencias para evadir persecuciones injustas: él mismo se ha ejercitado en el oficio de pastor, hasta el momento de resolverse á correr mundo en busca de fortuna. Lauro le ha educado con un esmero natural en quien piensa que su hijo recobrará algún día su elevado rango; pero no ha tenido medios de darle la desenvoltura que se adquiere con el trato social; por todas estas causas, Mireno es un personaje adornado de las nobles aspiraciones que puede realizar el esfuerzo propio, y desconfiado, á la vez, de aquellos favores de la fortuna á que suelen oponerse las preocupaciones sociales.

Con la pasión de los celos ha dado el Maestro calor de vida á numerosos personajes, creando algún hombre

celoso de su honra, hombres y mujeres que sienten celos engendrados por el verdadero amor, mujeres y hombres en quienes los celos arraigan en el amor propio, y mujeres que arden en celos nacidos de la envidia.

Con muy pocas palabras da Tirso de Molina fisonomía propia á los personajes colocados en segundo y tercer término: recordad á la Mari-Ramírez, hospedadora, con ribetes de Celestina, de *Por el Sótano y el torno*, á quien dice D. Duarte:

«La Mari-Ramírez es  
pieza de Rey.»

Y contesta ella:

«Hélo sido:  
todo caballo escogido  
sirve de rocín después.»

La dueña Polonia, de la misma comedia, manifiesta su carácter burlesco en las siguientes palabras:

«¡Poeta y envía presentes!  
El primero ha sido entre ellos  
que ofrece oro sin cabellos  
y nos da perlas sin dientes.»

En cuatro versos queda, también, patente la picaresca condición del lacayo Chinchilla, cuando enamora á la criada Lucrecia, en *El Castigo del penseque*.

«Que tú y yo tenemos de ser  
en la comunicación,  
como el papel y el borrón,  
que no se deja raer.»

Otros caracteres me complacería en recordaros, si el temor de consumir vuestra paciencia no me obligara á terminar esta revista de personajes: muchos deo en la cartera y muchísimos en la memoria; pero me consuelo con la idea de que, aun concediendo más extensión á mi trabajo, no le hallaría término satisfactorio; pues conforme se estudian las PERSONAS creadas por Tirso de Molina, se adquiere el convencimiento de la atención que merece cada una por sus rasgos característicos, y para examinarlas todas, mejor están en las comedias, donde intervienen en una acción, siempre ingeniosa, siempre interesante y siempre bien conducida.

Sentiría que pudiera alguien ver en mis juicios intención de amenguar la fama de ninguno de los poetas que contribuyeron al engrandecimiento de nuestro Teatro: repruebo la apasionada crítica, que, al consagrar alabanzas á un hombre de genio, prodiga censuras á sus contemporáneos, para dar mayor realce al ídolo de su predilección: centenares de años han extinguido las pasiones que agitaron en vida á los grandes maestros, obligándoles á manifestar sus quejas en sátiras y epigramas: hoy los vemos, al través de los siglos, trabajar, con la fuerza de sus respectivas facultades, en la obra armónica de nuestro glorioso Teatro: hasta las imitaciones y las copias, que tan justificada irritación producían en los poetas desposeídos de aquellos frutos de su inteligencia, nos parecen hoy intentos, realizados muchas veces, de mejorar las producciones originales. Lope de Vega ensanchó el cauce por donde corrió luego la inspiración de Tirso de Molina, Calderón, Alarcón,

Moreto, Rojas..... Todos los manantiales acudieron á engrosar ese río caudaloso de poesía que aun fecunda los campos de la literatura.

No proclamo la reproducción constante de las obras maestras; cada tiempo debe tener su representación literaria; manifiesto mi creencia de que nuestro inmortal tesoro de ideas puede ofrecer enseñanzas á la literatura de todos los tiempos. Si los poetas extranjeros, en vez de buscar hoy la nebulosa luz del Norte, vinieran al Mediodía, donde el sol caldea, encontrarían en nuestro antiguo Teatro arenas de oro para sus ensayos de renovación de moldes; pues además de las comedias de enredo, en donde tanto han espigado, las caballerescas, también trasplantadas, las de carácter, casi traducidas, y las llamadas, vulgarmente, de *figurón*, que ahora resucitan con éxito; podrían hallar en los autos, cambiando las personificaciones, hermosos modelos de literatura alegórica, y en muchos dramas, modificando las tendencias, iniciativas poderosas del género que han bautizado con el nombre de *teatro de ideas*.

Respecto á la crítica fundamental, que pide caracteres en los diferentes géneros literarios, aun cuando sobresalga, á mi juicio, en esta facultad, el Maestro Tirso de Molina, le acompañan á grandísima altura, por su fuerza creadora, los demás padres de nuestra escena; y todos son admirados en el mundo como generadores de personajes que tienen la gallardía por prenda natural, la fe por obligación de gente bien nacida, el honor por ley de la existencia, las riquezas por accidente menospreciable y el amor por sentimiento que iguala á todos los humanos; y muestran la

piedad en la lucha y la fortaleza en la desgracia, y cantan sus penas y suelen llorar sus alegrías.

Todas las admirables virtudes y todos los vicios merecedores de disculpa, que forman, fundidos, el alma nacional, han pasado las fronteras envueltos en las galas de la fantasía de nuestros inmortales poetas, infundiendo á los extraños la estimación imperecedera de las relevantes dotes que, en la adversidad como en la fortuna, encierra el carácter de nuestra madre España.

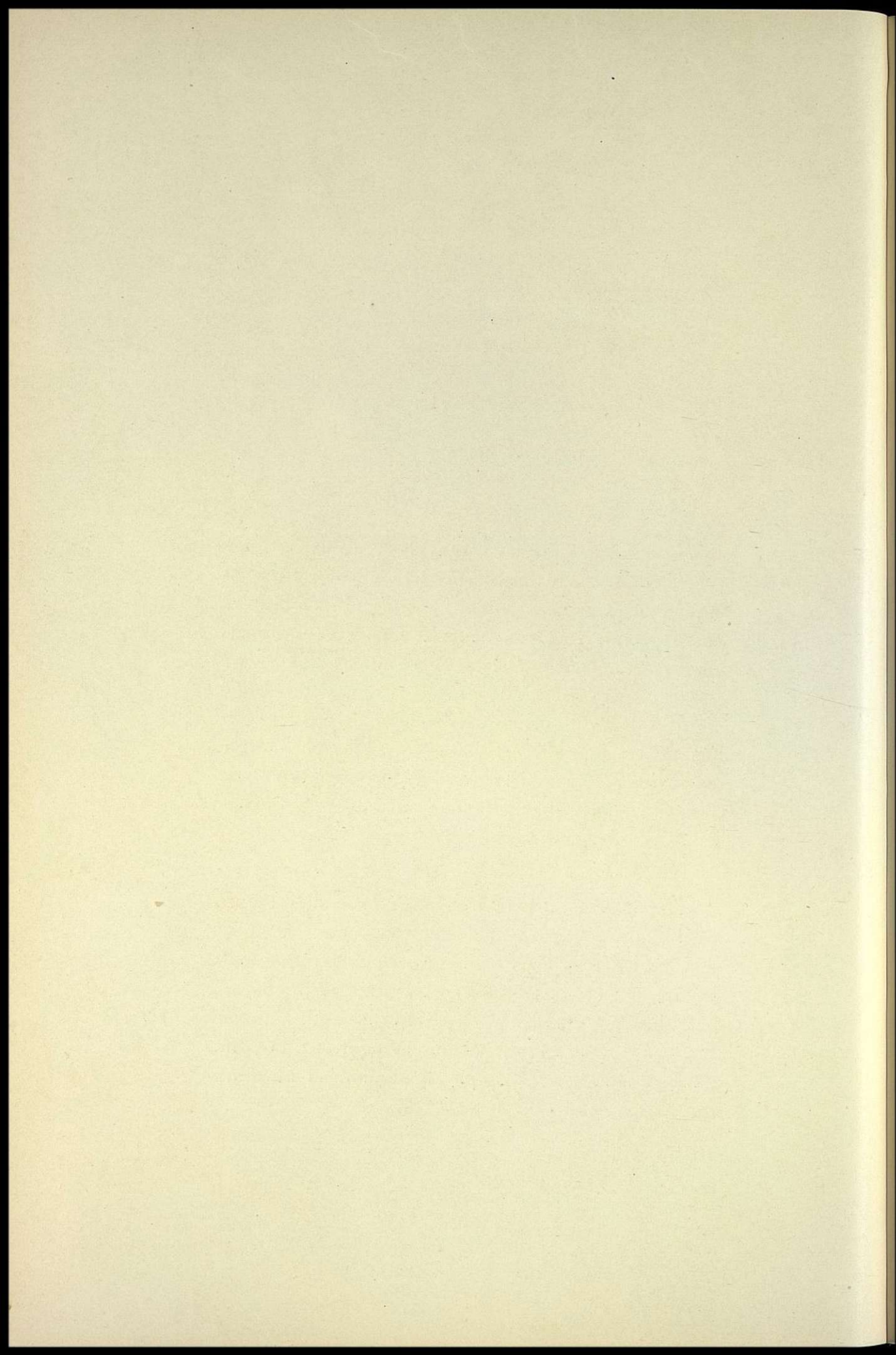
---



CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. CONDE DE LINIERS



SEÑORES ACADÉMICOS:

Si la amistad íntima, antigua y entrañable fuera causa de recusación para estas solemnidades literarias, hubiérala alegado yo antes que la de mi comprobada insuficiencia, para excusarme de contestar el discreto discurso que acaba de leerse. Pero entendiendo, por el contrario, que á falta de otros méritos que me pongan al nivel del poeta inspirado y sincero, del castizo escritor, del concienzudo dramaturgo que hoy por derecho propio llama á las puertas de esta docta casa, poseo al menos, por la virtud puramente histórica de los años, y esa otra virtud del fraternal afecto,

«que ciega el corazón, pero no el juicio»,

conocimiento total y acabado de la índole moral y literaria del nuevo Académico, lejos de rehuir, he apetecido tal honor, y acudo muy gustoso á cumplirle, para excusaros molestias, en las menos palabras posibles.

Conocí á D. Juan José Herranz en las aulas universitarias; en época tan apartada de nosotros y tan diferente de la actual, como que en ella, aun no aprecián-

dose, sino por evocación transpirenáica, la utilidad sociológica de las uniones escolares, y los beneficios científicos de la autonomía universitaria, significaba alguna cosa y prestaba cierta fisonomía, al que dignamente sabía llevarlo, el modesto título de estudiante. Época de transformación y de revolución latente en las ideas, en las costumbres y en los trajes, en que los Ateos y los grandes círculos no habían absorbido por completo los saloncillos, las *peñas* de café y los corrillos universitarios; en que los grandes bailes no habían desterrado las tertulias caseras, en que no se conocía sino de referencia muy remota el cante flamenco, ni se habían inaugurado las cervecerías, ni se penetraba sin acta de Diputado ó sin fusiles en el salón de conferencias; época, en fin, tan distante y al mismo tiempo tan aproximada á la actual, que no podré decir, ni aunque lo pudiera sabría hacerlo, si empezamos á envejecer en ella los que hoy ya somos viejos de veras, ó nos sentimos más viejos de lo que somos por haberla empalmado con la presente.

Revelábase ya entonces como poeta, y de los más galanos de su edad y su tiempo, nuestro actual compañero, y sería curiosa, aunque acaso indiscreta, la comprobación exacta de la fecha auténtica de su primera composición literaria, que de seguro encontraríamos en antiguas colecciones de periódicos, muy anteriores al fotograbado, ó compulsando ejemplares de esa otra manifestación artística del álbum de salón, que alcanzaba por aquellos días brillantísimo esplendor otoñal, nuncio inequívoco de su próximo ocaso.

Si, como Selgas, de quien ya por entonces era (á más

de paisano) admirador y amigo, no trajo de aquella fecunda tierra de escritores, artistas y poetas donde abrió los ojos á la luz, y los oídos á la poesía, un tomo de versos, trajo sí, entre sus libros de estudiante, revolvía en su imaginación con textos de la Instituta y aforismos de las Partidas, y sabía recitar, con esa clara vocalización entre declamatoria y musical de la gente murciana, muy sentidas composiciones, reveladoras, dentro de su juvenil inexperiencia, de su genial poético.

Repasando yo recientemente las muchas bellezas de una de sus producciones dramáticas, leía, con verdadera emoción, esta endecha tiernísima que pone en labios de una gitana, y sin acertar á decir cuándo, me parecía habérsela oído recitar muchos años hace:

«En todos mis sueños  
Mi madre me vela  
Que viene solita desde el otro mundo  
Para que yo duerma.  
¡Para que yo duerma!  
Si alguna vez lloro  
Mi llanto se seca,  
Y es porque mi madre me enjuga los ojos  
Con sus manos muertas.  
Mi madre padece  
las penas eternas;  
Y en cuanto mi padre me dé el primer beso,  
Saldrá ella de penas» <sup>1</sup>.  
.....  
.....

---

1 *El Capitán Centellas*, zarzuela en tres actos y en verso, representada en el teatro de Apolo la noche del 15 de Diciembre de 1883.

Esta dulce melancolía, estos ó parecidos sentimientos tan poéticamente expresados, en tan cadenciosas estrofas que suenan á música, aun sin el auxilio del pentágono, constituyen la entraña y médula esencialmente poética de Herranz, y fué iniciadora de su vocación literaria, así en las puras manifestaciones de sus poemas líricos, como en la varia y, por desgracia, interrumpida serie de sus importantes obras dramáticas.

Con ser éstas de género y de asunto diverso, así en su índole puramente escénica, como en la estructura y desarrollo de la acción y en la pintura de caracteres, obsérvase en todas, junto á una sobriedad de expresión, aprendida, sin duda, de Selgas y de Ayala, maestro aquél de su dicción poética, modelo éste no siempre fácil de imitar en fábulas y artificios escénicos, tal intensidad en los afectos y en las pasiones de sus personajes, tal diafanidad en el alma y sujeto de la acción principal, tal vida en sus movimientos interiores y tan ceñida lógica en su desarrollo, que aunque perjudica á las veces la armonía general y necesariamente artificiosa de su *escenario*, presta valor individual y poético al personaje que lleva y determina la acción, ó al principio capital que la dicta.

Así cuando el hijo de *Honrar padre y madre* (si no la mejor, la más teatral de todas ellas), presa su alma del tormento de la duda en lo que más puede conmovérle, en su honor filial, exclama al sentirse acusado y aun convicto de deshonor ante el injusto fallo del mundo que infama á su madre:

«¡Perdón! ¡Perdón, madre mía;  
es tan grande mi aficción

que pienso que mi razón  
por momentos se extravía.  
Siendo usted todo mi anhelo  
estoy tan desesperado  
como si hubiera encontrado  
un desengaño en el cielo»,

da la nota exacta de un carácter, de un estado de ánimo que logra en la vida escénica acertada reproducción de la vida real, en un diálogo cuyo punto culminante se encierra en estos dos gritos de dolor:

LA MADRE

«¡Luis, quien de su madre duda  
tiene un corazón infame!»

EL HIJO

«No miente esa indignación,  
madre, insúlteme usted mucho;  
que á cada insulto que escucho  
se me ensancha el corazón.»

Esta madre cuidadosa del honor conyugal, á despecho del abandono de su marido; ella y su hermano ilegítimo, guardadores del honor de la suya, é incurriendo por conservar ese misterio, para ambos sagrado, en las naturales suspicacias del mundo, representan el conflicto dramático del adulterio en la constitución de la familia y en la vida social, tal como la sociedad moderna le consideraba, y como el teatro español podía admitirle, en la época en que se escribió tan hermoso drama <sup>1</sup>. Pero el concepto ético y cristiano que simbo-

---

<sup>1</sup> *Honrar padre y madre* se representó con extraordinario aplauso en el Teatro Español el 9 de Enero de 1873, por la excelente compañía formada por Doña Teodora La Madrid, Doña Elisa Boldún, y los Sres. Vico, Zamora y Morales.

liza el título, claramente se desenvuelve, desarrolla y desata en la teoría del *sacrificio*, redentor de la culpa expiada, que clara y lógicamente, sin llamarse el del autor *drama de ideas*, se compendia en estos hermosos pensamientos:

.....  
«Jamás humillé la frente  
de mi madre; ante la gente  
me hablaba como á un extraño.  
Mas yo, que la reverencio,  
me desquitaba de aquella  
ficción, llorando con ella  
y adorándola en silencio.  
.....  
.....  
Si ahora extrañas que te arguya,  
compara, aunque no te cuadre,  
lo que hice yo por mi madre,  
lo que haces tú con la tuya.»

En *La Virgen de la Lorena*, drama histórico, que tras de felices tanteos y aplaudidos ensayos en otras composiciones dramáticas y literarias, consolidó el buen nombre de su autor, vemos otra vez al poeta en la traslación á la escena española de la gloriosa doncella de Orleans, á quien ni la torpe musa poética de Voltaire ha conseguido despojar de sus virginales vestiduras.

Un atildado y nada fácil crítico francés<sup>1</sup>, aunque

---

1 Mr. Antoine de Latour. *Revue Britannique*, Septiembre de 1875.



reprende en nuestro compañero detalles de ejecución y complementos de la intriga, en que ni el Señor de Gaucourt, ni el de la Tremoille (segundo de su nombre) responden por completo, á su juicio, á la verdad histórica, alábale por haber infundido al personaje principal del poema «algo del aliento heroico de su época», llevando á la escena española con su peculiar y genuino atavío, y tal cual la tradición histórica nos la muestra, «aquella intrépida doncella que sólo á la voz »de Dios obedece; que no escucha nunca, ni aun en la »embriaguez de la victoria, un solo pensamiento ambicioso; que desdeñosa de su triunfo y resignada en su »desgracia, sella sus labios en la hora suprema de su »muerte, sin que salga de ellos un lamento ni una »acusación contra nadie»<sup>1</sup>; aquella heroína de singular vocación, de quien gravemente afirma nuestro Padre Mariana que fué condenada injustamente, habiendo sido «honra perpetua de Francia, famosa en todos los siglos, »y noble, como lo pronunciaron los jueces, á quienes »sometió los años adelante esta causa el Pontífice Calixto, proceso y sentencia que hasta hoy se guardan y »están en los Archivos de la Iglesia Mayor de París»<sup>2</sup>.

El poeta que en el sublime trance de la muerte ó en el ansia natural del rescate pone en boca de la heroína esta sencilla frase:

«A quien la fe le hace fuerte,  
en brazos de Dios se arroja.  
Él, que me alentó, que escoja  
entre mi vida y mi muerte»,

---

1 Mr. Antoine de Latour, ya citado.

2 Mariana, *Historia de España*, libro XX.

no desdeña adornar su alma con estos dos afectos, que, después del amor de Dios, son los más dignos del corazón humano: el amor á los padres y á la Patria, que en los nublados tiempos de Juana de Arco, reducida contra su voluntad á ser chica, pugnaba con afán, que hoy acaso consideraríamos desatinado, por volver á ser grande.

Pregunta Juana á su amigo de la infancia si sus padres la perdonan y la bendicen, y el noble cuanto humilde balletero, con sencillas palabras la recuerda los sitios en que pasó su niñez, cuando era no más que una humilde pastora, y exclama para consolarla:

«Y todos quieren que vivas,  
y ruegan por tu existencia  
tus hermanos, tu parientes,  
que reclaman tu presencia,  
y el valle, el río y las fuentes  
están tristes con tu ausencia.»

.....  
.....

Mi dicho ha de atestiguar  
un ramo del olivar  
donde pace tu rebaño.»

Conmuévase la heroína, coge y besa el ramo — que luego ha de acompañarla á la hoguera en que consuma su sacrificio por la Patria—y dice:

«Él mis recuerdos aviva,  
dame, sí, del cielo cae;  
creció en la patria cautiva.  
¡Bendito ramo de oliva  
y bendito quien lo trae!»

No permite Dios que la gloriosa virgen que levantó el cerco de Orleans, coronó al Rey en Reims é intentó el sitio de París, se libre de la emboscada de Compiègne y de las asechanzas de los Borgoñones, pereciendo en la afrentosa hoguera de Rouen, para vergüenza de sus tradicionales enemigos y de sus ambiciosos rivales; pero la historia, y su hermana mayor la poesía, tienen cumplida razón para inmortalizarla.

Las letras españolas, á más de las graves y elocuentes notas del Maestro Mariana, pueden enorgullecerse de que un escritor tan genuinamente español como D. Juan José Herranz haya trazado con rasgos vigorosos la fisonomía de la humilde pastora de Domremy con rasgos poéticos que no desdeñarían algunos maestros de nuestra gloriosa escena:

.....

«Un rayo del sol divino  
alumbra mi pensamiento.  
De mi vida en los albores,  
cuando en el alma despierta  
brotan las primeras flores.

.....

Arder la guerra veía,  
y rogaba noche y día  
á Dios y á la Virgen pura  
que dieran paz y ventura  
á la pobre patria mía.  
Siguió mi cuerpo creciendo;  
siguió mi labio rezando;  
siempre Inglaterra venciendo,  
y siempre Francia llorando  
la tierra que iba perdiendo.  
Para alivio de mis males

advertí que los sonidos  
de las cosas terrenales  
llegaban á mis oídos  
con acentos celestiales.

.....  
.....

Si, yo me vi vencedora  
en esas nubes que dora  
el sol que vuelve á su ocaso.  
Vi unida á la patria entera  
con la fe que regenera;  
la vi vencer sin encono,  
y vi al pueblo, al Rey y al trono  
cubiertos con mi bandera.»

.....  
.....

En otras composiciones dramáticas ha logrado el autor mostrar más exuberante inventiva; en alguna, como *La mejor conquista*, ha podido hacer gala de su conocimiento del juego escénico, que le hubiera valido fáciles triunfos al perseverar en el empleo de tales recursos; pero en ninguna de las que conocemos, y de las que aún guarda en cartera, es posible encontrar mayores condiciones de verdadero y genuino poeta.

No es, pues, de admirar que, como tema del discurso que acabáis de oír con singular deleite, haya escogido el del teatro del Maestro Fray Gabriel Téllez, y que de sus admirables obras entresaque aquellas en que la personalidad del autor, apoderándose de la personalidad humana y moldeándola en la turquesa de su

potente fantasía, consigue sacar, no como entes de razón, sino como personajes vivos y verdaderos, al famoso Don Juan de *El burlador de Sevilla*, á la heroica y prudente Doña María de Molina, y al atormentado y vacilante ermitaño de *El condenado por desconfiado*.

La vida de cada uno de ellos, prototipo de la agitación y de la lucha de la existencia humanamente considerada, constituye por sí sola un verdadero poema. Lucha por sus pasiones contra la sociedad y contra el honor de las mujeres el impío *Tenorio*; lucha entre la razón de la fe y la fe de la razón, en el problema más alto de la redención y de la libertad humanas, el eremita Paulo; lucha por la soberanía de su realeza y por su acendrado amor materno la excelsa Reina Doña María, y mal servida por sus pares, feudatarios y deudos, víctima á las veces, aunque á la postre triunfadora de sus intrigas y traiciones, afianza en manos de su hijo el frágil cetro de Castilla.....; pero vencedores ó vencidos en tan gigantes luchas, llega cada cual á la crisis suprema con la alta majestad poética de su personalidad viviente y verdadera.

Mucho se ha hablado, sin grave razón á mi juicio, y acaso únicamente por el modernísimo prurito de sintetizarlo todo, de la índole esencialmente satírica y del desenfado, á veces extremoso, de las comedias del Maestro Téllez; circunstancia que, al decir de algunos, presta á los personajes de su teatro, y singularmente á sus damas, cierta picaresca fisonomía que de un modo

especial los distingue de los de Lope, su maestro, y de cuantos siguiéndole, imitándole, y mejorándole á veces, tejieron las prodigiosas fábulas de la dramática española en los gloriosos días de su florecimiento.

No hubiera sido Tirso tan profundo conocedor del corazón humano y de las costumbres sociales que lo retrataron en la época en que escribió sus poemas, si sólo con rasgos épicos y con acentos graves hubiera intentado sacarlos á las tablas. Póngase el nombre que se quiera á esa compensación de lo sublime y lo terreno, de lo material y lo espiritual, de lo trágico y lo pedestre, y aunque no la hubieran sellado con su histórico timbre todas las literaturas originales y espontáneas, hubiéralo consagrado la misma humanidad en los tanteos, no siempre uniformemente acelerados, de sus marchas y contramarchas por el camino del progreso.

Aunque Tirso hubiera forzado en ello un tanto la nota, ¡cuán noble y vigorosamente sabe hacerlo! ¡cuánto y cuán bien, y como con gráfica viñeta, ilustra al intentarlo el personaje que sabe darla á tiempo! ¡qué de ingeniosas réplicas no provocan estos rasgos felices del ingenio! ¡qué de frases breves, concisas y satíricas no logran, á veces, pintar un carácter con más fidelidad y más acierto que largos y soñolientos discursos en prosa ó en verso!

.....  
«Con la punta del cuchillo  
toma sal el cortesano,  
porque con toda la mano  
no es templallo, es desabrillo.»

¿Puede decirse nada mejor del despique de los celos salpimentando un afecto amoroso?

¿Es posible responder con más viveza, más frescura y más rotundamente á un desavisado preguntón que como responde Doña Violante á aquel

—«¡Casaros! ¿cuándo ó con quién?»

del Don Juan de *La villana de Vallecas*?:

VIOLANTE

«¿Cuándo? Mañana temprano,  
que ansina el Cura lo dijo.  
¿Con quién? Con Antón, el hijo  
de mi viejo Brás Serrano.  
¿Cómo? Con juntar las palmas  
al tiempo que el *sí* pregunten;  
¡mas qué importa que las junten  
si no se juntan las almas!  
¿Dónde? En cas del escribén  
que mos hace la escretura.  
¿Por quién? Por mano del Cura  
delante del Sacristén.»

No pierden en sus labios nobleza, ni siquiera verdad histórica las pasiones ni los afectos de los grandes personajes por la forma, al parecer sobrado llana, en que los hace hablar. Dícele el Infante Don Enrique <sup>1</sup> al noble Señor de Vizcaya:

«Vos, caballero pobre, cuyo estado  
cuatro silvestres son, toscos y rudos  
montes de hierro.....  
.....»

---

1 *La prudencia en la mujer*. Acto 1.<sup>o</sup>, escena 1.<sup>a</sup>

adonde en vez de Baco sazonado  
manzanas llenas de groseros ñudos  
dan mosto insulso, siendo silla rica  
en vez de trono el Arbol de Garnica.»

y responde el buen Don Diego López de Haro·

«Si su aspereza tosca no cultiva  
aranzadas á Baco, hazas á Ceres,  
es porque Venus huya, que lasciva  
hipoteca con frutos sus placeres.  
La encina hercúlea, no la blanda oliva,  
teje coronas para sus mujeres.

.....  
Montes de hierro habito, que á estimallos  
valiente en obras y en palabras mudo,  
á sus minas guardárades decoro,  
pues por su hierro, España goza su oro.»

Villanesco, como contado por villanos, pero lleno de sagaz y oportuna observación, es este relato de una puja á *la llana* en un pueblecillo de Castilla, donde acaso, en espera de la reforma de la ley Municipal, síguense observando, desde los tiempos de Tirso hasta los nuestros, las mismas fraternales costumbres:

«Por Dios, que hemos arrendado  
unos prados del Concejo.  
Pujólos Antón Bermejo,  
y picóse Brás Delgado  
y volvió á pujallos más,  
y emberrinchándose Antón  
pególos otro empujón.  
Pujó cuatro reales Brás;  
y á tal la puja les trujo,  
que aunque los llevó Delgado  
creo, según han pujado,  
que quedan ambos con pujo.»



Ni en todas las comedias de este gran poeta hay damas ó doncellas demasiado tiernas de corazón, ni escuderos ó dueñas encubridores y favorecedores de sus flaquezas, ni abundan más los amantes atropellados y presurosos, los burlados padres ó los hermanos penden- ciosos, que en otras de su tiempo y de los posteriores.

No fué él ciertamente quien introdujo en el teatro nacional, lleno por otra parte de heroicas virtudes y rebosando en sentimientos y afectos nobilísimos, aquellas *Infantas de León* de que donosamente se burlaba Alarcón cuando decía <sup>1</sup>:

«Con tal condición  
ó con tal desdicha nacen,  
que en viendo á un hombre al momento  
le ruegan, y mudan traje  
y sirviéndole de paje  
van con las piernas al viento.»

Aun con tan ligeras ropas vestidas y con la *desdichada naturaleza* por la que Alarcón muy justamente las censura, todavía, por ciertas ideas de moral relativa, *las Infantas de León* que al fin y á la postre ó lavaban sus escapatorias en las tranquilas aguas del matrimonio ó iban á llorarlas en las asperezas del claustro, pudieran parecernos preferibles á las modernas heroínas del teatro, así francés como germánico, llámese de efectos y contrastes, ó simbólico y recón-

---

1 *Las paredes oyen*. Alude á una comedia de Lope, titulada *Los desaires de Matico*.

dito, de simples ideas ó de ideas simples. En todos ellos, ó la literatura teatral es vano artificio que no responde á la realidad, y no podrá nunca lograr vida escénica duradera, ó tiene por fuerza que acomodarse á la realidad de la vida; y la vida social y familiar española en la época de nuestros clásicos, desde Lope de Vega hasta Calderón es, y no podía menos de serlo al ser escogida para darla al teatro por tan grandes maestros, tal cual la presentan, amplían ó retratan en sus admirables producciones.

Más tardíamente que en la sociedad italiana, prematuramente alumbrada con la luz, demasiado diáfana del renacimiento; con más trabas y valladares que en la sociedad francesa, donde se avivó, con el soplo disolvente de la *Protesta*, el nativo y popular naturalismo que personifica Rabelais, no estuvo la sociedad española menos exenta que las que le eran contemporáneas de las flaquezas y debilidades del humano linaje en los días de sus esplendores y grandezas.

Tirso, al igual de Lope, y siendo en ello precursor de Alarcón, Calderón y Moreto, asigna á la mujer soltera una, como ahora se dice, *función social*, de la que siempre son, ó testigos celosos ó fiadores efectivos, el honor familiar, la autoridad paterna, el arrepentimiento cristiano ó el austero sacrificio. ¿Hay razón valedera para reprimirle por ello, ó para achacar á la sociedad de su tiempo intemperancias ó componendas de todos los tiempos y de todas las épocas?

Lo que el literato y el crítico deben buscar preferentemente en cada una, sin filosofías sutiles ni hipocresías interesadas, es la totalidad del ambiente histórico

cuando de la historia se trata, la fidelidad de expresión cuando la obra se presenta como retrato total de una época entera, la sinceridad de los afectos si el poeta ha pretendido esculpir en sus versos ó en sus escenas trozos palpitantes del alma humana, así en lo sublime, que la aproxima á su excelso origen, como en las pasiones, que la atan y sujetan á la carnal envoltura de su barro nativo.

¡Dichoso aquel que artísticamente sabe hacerlo; dichoso el que al hablar de esta luz esplendorosa del alma inmortal sabe, como nuestro nuevo compañero, definirla en forma tan poética como la que se expresa en estos versos suyos, con que doy fin á su bienvenida y á estos pobrísimos renglones!

«Ve el hombre el rayo en la celeste altura,  
que ciega y mata, al descender ligero,  
y teme á Dios, airado y justiciero,  
y una plegaria con terror murmura.

Más tarde, recobrando su bravura,  
vence con su poder al rayo fiero;  
lo forja, lo divide y, prisionero,  
le manda iluminar la noche oscura.

Porque hizo al hombre el Ser Omnipotente  
á imagen de su imagen peregrina;  
lo alzó del barro y le besó la frente;  
y aquel beso de Dios, con que camina,  
dejó en el fondo de su noble mente  
claros destellos de su luz divina.»

---

